

LOS SUBALTERNOS EN LAS FICCIONES DE APROPIACIÓN DE MENORES

The Subordinates in the Fictions of Appropriation of Minors

LUZ C. SOUTO

UNIVERSIDAD DE VALENCIA

luz.souto@uv.es

Resumen: la vinculación de los subalternos en la apropiación de menores durante la Dictadura argentina ha sido indagada en varias disciplinas, sin embargo, son las obras de Martín Kohan las que han logrado contar lo inenarrable de la historia, condensarlo en un mundo ficcional creíble, y por eso mismo desbastador. En *Dos veces junio* y en *Cuentas Pendientes* se evidencian las consecuencias de la banalidad del mal, se representa el consenso de los diferentes estamentos de la maquinaria represiva del Estado y se vislumbran las consecuencias en las próximas generaciones.

Palabras clave: subalternos, apropiación de niños, dictadura argentina, Martín Kohan

Abstract: the role of the subordinates in the appropriation of children during the Argentinian Dictatorship has been questioned in several disciplines. However, are the works of the writer Martín Kohan which have managed to tell the untold history in a very effective way by condensing it in the creation of a credible fictional world and, because of that, grinding. In *Dos veces junio*, as well as in *Cuentas pendientes*, the consequences of the banality of evil are obvious, since it represents the consensus set within the different levels of the repressive State machinery and glimpse the consequences of all this in the life of future generations.

Keywords: Subordinates, Appropriation of Children, Argentina Dictatorship, Martín Kohan



Y legarán a sus hijos un nombre infame: los
que traicionan a la patria no pueden legar a la
descendencia apellidos honrados.
Vallejo Nágera

Antecedentes de la apropiación

Aunque el caso de los niños robados en la última dictadura argentina ha sido el que más ha trascendido dentro y fuera del país latinoamericano, hay antecedentes que delimitan una práctica instituida y normalizada no sólo en América sino también en Europa.

Uno de los casos más relevantes en el contexto Latinoamericano es el de la denominada “Conquista del Desierto”, llevada a cabo a partir de 1878 por el Estado argentino con el fin de expropiarles a los asentamientos mapuches y tehuelches sus tierras. Desde hace algunos años, y en gran medida como consecuencias de los estudios promovidos por las Asociaciones de *Abuelas y Madres de Plaza de Mayo*, han comenzado a surgir nuevos datos sobre el tratamiento de los niños indígenas y la violencia ejercida sobre ellos. El historiador Walter Delrio analiza las consecuencias de la ocupación en la Patagonia y encuentra no sólo despojo de los bienes materiales, sino también de los hijos, de la descendencia, lo que se traduce en la pérdida de la identidad individual y colectiva.

Algunos consideran que técnicamente habría que hablar de Etnocidio y no Genocidio, porque se apuntó a destruir las costumbres indígenas y no a los indígenas. Es decir, se los quería “educar”, “civilizar” pero no matar. Con lo cual también es un error conceptual: porque el término Genocidio implica, incluso, toda acción destinada a la pérdida de identidad. Por ejemplo, cortar la relación de madre con hijo. El secuestro de niños es considerado como un Genocidio. Y esto fue lo que ocurrió: traslados masivos, separación de familias, borramiento de identidad. ¿Cuántos miles de chicos fueron entregados a familias criollas y se les cambió el nombre y se les dio otra educación? (Delrio, 2009)

Si se permaneció más de un siglo sin hablar de estos hechos fue porque quienes los perpetraron ganaron la partida, continuaron en el poder y ejercieron una cruzada de descrédito hacia los pueblos originarios, de manera que matarlos y quedarse con sus hijos (y sus tierras) era por el bien de la Nación que se estaba construyendo en base a la dicotomía civilización

o barbarie.¹ El exterminio del otro tiene un propósito de preservación y limpieza. Recordemos los grandes centros de reeducación y/o selección de niños en Europa, los *Lebensborn* alemanes o, más cercanos aún, los *Centros del Auxilio Social* en España. Si en los años '70 y '80 se apropiaron los hijos de los "subversivos" latinoamericanos fue porque ese horror ya había sucedido antes.²

Si lo pensamos desde la teoría de Agamben, tampoco los judíos fueron exterminados en el transcurso de un delirante y descomunal Holocausto, sino como piojos, es decir, como *nuda vida* (Agamben, 1998: 147) y la dimensión en que el exterminio tuvo lugar no es la religión ni el derecho, sino la biopolítica. El Estado asume la función del cuidado de la vida biológica de la Nación. Hay un proceso que va más allá de la captura de los individuos, hay un dispositivo estatal que funciona en términos de definir el cuerpo en otro registro. Asimismo, el desarrollo y el triunfo del capitalismo han sido logrados por el control disciplinario, llevado a cabo por el biopoder que ha diseñado "a través de una serie de tecnologías adecuadas, los 'cuerpos dóciles' que le eran necesarios" (Agamben, 1998: 12). Como hombres, como especie, estamos hechos por instituciones; constituidos por políticas racistas que separan lo que debe vivir de aquello que no merece existencia. Esta es la clave que permite a una tecnología de poder, que tiene como objeto garantizar la vida, exigir la muerte o pronunciar la orden de matar no solamente a los enemigos sino también a los propios ciudadanos.

En un sistema político centrado en el biopoder, ¿cómo es posible ejercer el poder de la muerte, cómo ejercer la función de la muerte? Aquí interviene el racismo. [...] El racismo existía ya desde mucho tiempo atrás. Creo sin embargo que funcionaba en otra parte. Lo que permitió la inscripción del racismo en los mecanismos de Estado fue justamente la emergencia del biopoder. Es éste el momento en que el racismo se inserta como mecanismo fundamental del poder y según las modalidades que se ejercen en los Estados modernos. (Foucault, 1996: 205)

¹ Tengamos en cuenta que *Facundo o Civilización y Barbarie en las pampas argentinas* es de 1845. Aquí Sarmiento pone en primer plano el modelo dispuesto para América Latina, uno basado en la modernización, alejado del "ser salvaje" con el que identificaba a los caudillos y a los defensores de la tierra. En 1868 Sarmiento llega a la presidencia Argentina y pone en marcha su ideario político. Se calculan unos 30.000 muertos.

² El documental *Tierra adentro* de Ulises de la Orden (2011), que está dedicado a la identidad de los pueblos originarios luego de la conquista del desierto, deja en evidencia las analogías entre la Campaña de Roca y la Dictadura Militar.

El racismo, en tanto mecanismo de Estado, centra sus inicios en los siglos XVIII y XIX y se define; primero, como una forma de establecer “una cesura” en el ámbito biológico, lo cual permitirá al poder subdividir la población de acuerdo a su raza; “son estas las primeras funciones del racismo: fragmentar (desequilibrar), introducir cesuras en ese *continuum* biológico que el biopoder inviste” (1996: 206). En segundo lugar, el racismo permite establecer una relación positiva, fundada en la idea de la guerra (hacer morir para poder vivir) pero ahora condicionada por lo biológico. “La muerte del otro —en la medida en que representa mi seguridad personal— no coincide simplemente con mi vida. La muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior [...] es lo que hará la vida más sana y más pura.” (1996: 206).

De una u otra manera, y de varias maneras, como también en diversos momentos, la sociedad argentina adhirió al discurso de su enfermedad y, como efecto, apoyó la idea de aniquilar un mal, dejando el paso libre a prácticas militares homicidas, a la fragmentación de lo diferente, a la deconstrucción del modelo opuesto primero a la modernización europea y luego al proyecto capitalista.

La responsabilidad civil es abordada cada vez en más ficciones, quizás la más lograda en el ámbito argentino es *El secreto y las voces* (Gamerro, 2002), donde un entramado de intereses personales vehiculados por la desidia llevan a todo un pueblo a ser cómplice del secuestro y la desaparición de un vecino. Uno de los personajes confesará décadas después: “todo el pueblo es responsable [...] Neri se encargó muy bien de ello, de hacernos a todos cómplices. Lo que no nos exime de culpa, todo lo contrario” (Gamerro, 2011: 58).

Ante la amenaza de contagio hasta resulta previsible que a los niños “salvados” quisieran reeducarlos, adaptarlos e inmunizarlos contra la fatalidad que significaba la otredad ideológica y/o racial. Así también lo predice Cristina Peri Rossi en “La rebelión de los niños” y así, desde el siglo XXI, se aborda en las ficciones. La apropiación de menores es parte del plan de genocidio, es la parte más inteligente, porque en ella no se mata sino que se transforma, se convierte en aliados a los hijos de los vencidos.

Las ficciones sobre apropiación y el papel del subalterno

Para el análisis del caso a través de la ficción proponemos *Dos veces junio y Cuentas pendientes*³ de Martín Kohan porque, a diferencia de otros relatos que tratan el robo de menores, estas narrativas silencian la voz de los sacrificados para dar lugar a la del verdugo. En estos personajes, en tanto subalternos, entra en juego la historia de los hundidos, actuantes impulsados por una fuerza conformista que los induce a caer, siempre, del lado equivocado.

³ A partir de ahora se citarán como *DVJ* y *CP* respectivamente.

El narrador de *DVJ* es un joven que cuenta su paso por el servicio militar argentino durante el Proceso de Reorganización Nacional. Allí juega un rol ínfimo dentro del estamento militar, es un conscripto que, débil de carácter, cumple con lo que se espera de todos los subalternos, acatar órdenes sin cuestionamiento y, sobre todo, sin indicios de insubordinación. No hay conflicto en la vida del joven porque ante la posibilidad de encontrar uno, la resignación toma el espacio de las decisiones. En la novela la única desestabilización será la que se plantee el lector, que en ningún caso podrá permanecer pasivo. La presencia de la tortura, los abusos y la apropiación, mezclados con la vida cotidiana, el fútbol o los consejos paternos; revelan un trasfondo de normalidad engañosa que estalla al ser confrontada con las prácticas sistemáticas de la época.

Desde lo formal, cada capítulo de *DVJ* está denominado por cifras aparentemente inconexas entre sí, pero que siguen la misma lógica interna del relato; a la vez, cada capítulo está compuesto por pequeños apartados que permiten al autor un juego entre los diferentes niveles de escritura, así pasa de explicar las posiciones de los jugadores en el Mundial de Fútbol a relatar la decadencia de una joven que se encuentra secuestrada. Todo puede suceder, en la historia y en la escritura. De este modo abre un lugar para la escisión textual, dividiendo y alterando para lograr un sitio metafórico, para establecer por medio de la forma misma del libro una ruptura muy similar a la que ocupa la memoria bifurcada por las diferentes formas de la violencia, entre ellas, también la de la apropiación.

Por su parte, *CP* relata la tediosa vida de un octogenario, Lito Giménez, cuyas preocupaciones tienen que ver con el pago del alquiler, el aumento del precio del jamón, la acidez que no lo deja dormir o, cuando abre la nevera, adivinar cuál es el huevo cocido y cuál no (obviamente siempre rompe el que no toca). Quien comienza a contar su historia es un narrador omnisciente que a mitad de la novela deja de serlo tras revelar su identidad y convertirse en un personaje más. *CP* es en apariencia, un relato menos fragmentario que *DVJ*, pero los pensamientos de Giménez no llegan a cuajar en nada, su repetición no está en la escritura sino en su doble desencanto; el de la propia vida y el social, su existencia es una imitación diaria de la desesperanza, de la cual se empeña en no salir.

Esta novela también tiene una trampa, nunca sabremos si lo que se nos dice de Giménez es verdad o si, por el contrario, es la distracción maníaca del narrador. La perspectiva sobre su existencia es arbitraria, producto de una obsesión. Cuando el narrador no puede dormir imagina a Giménez solitario en una casa diminuta, atormentado por unos recuerdos que seguramente esconden algo, y que a mansalva, ese algo, si se esconde, nada bueno puede ser. Basta leer la primera frase para ver por dónde va la subjetividad: "Tengo para mí que Giménez, tarde en la noche, arrastra los pies cuando entra en la cocina" (*CP*: 9). No obstante, y a pesar de que el narrador, que es el propietario de la casa donde vive Giménez, comienza su

relato cargado de adjetivos peyorativos, sustantivos repetitivos y verbos de poca acción, nada puede sospecharse sobre el pasado. Lo que se sabe de Giménez no es una información reveladora: ve mucha tele, habla poco, le gusta apostar a los caballos, tiene una máquina de café italiana que le regaló su hija, Inesita o Mercedes. Mientras el propietario nos dice durante más de la mitad del relato que la hija se llama Inesita, en un diálogo con Giménez, éste nos asegura que se llama Mercedes. Entonces, los breves indicios se conjuran con fuerza, la descripción sobresalta el principio de calma y la austera cotidianeidad de un anciano se altera con el conflicto sobre la identidad de su hija, se descubre como apropiador o, queda a criterio del lector, ya que quien supone esto es el locatario, que en su relato imagina que Giménez ha apropiado a quien dice que es su hija.

Giménez no tiene amigos pero suele encontrarse con Vilanova, un coronel retirado con quien continúa manteniendo negocios; mejor dicho, mínimos encargos que le retribuyen un mínimo dinero que gastará en putas, y no como quisiera el narrador, en pagarle lo que le debe. Uno de estos encuentros está marcado por la indignación del coronel con los hijos de desaparecidos que comienzan a hacer preguntas, por lo que, se supone, el hijo del coronel también es apropiado.

Vilanova preocupado, Vilanova enfurecido, sacude con sus manotazos las pocas cosas que ocupan la mesita arrinconada del bar. [...] Se sulfura el coronel, maldice en abstracto o se caga en concreto en la reverenda madre que los parió a esos pendejos que ahora espabilan y empiezan a hacer preguntitas que ya nadie quiere escuchar o responder. [...] ¡Qué saben los pendejos! Ni se afeitan todavía, ni limpiarse el culo saben. ¿Qué vieron? ¡Nada! ¿Qué leyeron? ¡Nada! Pero joden y joden. (CP: 107-108)

Giménez no habla mucho delante del coronel, como el personaje de *DVJ* solamente asiente ante quien sigue considerando una autoridad. Sin embargo la intranquilidad de Vilanova cala en su rutinaria vida y también a ese hombre que pareciera preocuparse solamente por nimiedades se le enciende una alarma. En el capítulo siguiente al encuentro con el coronel, cuando recibe una visita de su hija, se muestra menos distante y hasta cariñoso, si cabe esta actitud a un personaje de estas características.

Los personajes principales de estos dos relatos, se inscriben en el bando de los “vencedores” de la dictadura argentina, del primero de ellos sabemos que trabaja directamente desde dentro (haciendo de guardián de los secuestrados, de chofer (sic) de Mesiano, y de esbirro para las actividades que el régimen, discretamente, necesitará); el otro, el viejo, no se especifica qué servicios prestó, pero queda clara su vinculación con Vilanova. Como vencedores, ellos y sus superiores, mantienen el discurso

del olvido, un discurso vacío de argumentos y, en muchos casos también de ejemplos:

Viejos chotos parecen; todo para atrás, todo para atrás, todo para atrás. Se parecen, ¿sabés a qué? No, Giménez no sabe. A la mina esa, ¿cómo se llamaba? Giménez, mudo, se encoge de hombros. La mina esa, la que se convierte en estatua de sal, ¿cuál era? Giménez no tiene ni la menor idea de la estatua de la que le están hablando. Sale poco, no ha viajado, no se fija en esas cosas. Pero sabés a qué me refiero, ¿no?, insiste Vilanova; y Giménez por pudor dice que sí, que sí que sabe, y que el concepto lo capta pero que el dato exacto justo ahora no se lo acuerda. (CP: 110)

Que Giménez no sepa de qué estatua le hablan evidencia la ignorancia del subalterno, pero que el comandante tampoco sepa que se trata de Edith, la mujer de Lot, cuando él mismo utiliza la anécdota para justificar el descreimiento de la memoria, descalifica su discurso. Kohan utiliza sus voces para ridiculizar los argumentos dictatoriales. Por otro lado, que el punto de comparación sea precisamente el de una Edith convertida en estatua de sal por mirar a Sodoma cuando está siendo destruida, descubre un doble juego; primero, la impostura religiosa de un régimen que, como el franquismo, encontró en la Iglesia su corruptible aliada; segundo, un cruel castigo para aquellos que quieran “curiosear” en el pasado. La advertencia es reiterada en todos los relatos que abordan las apropiaciones argentinas, se hace más evidente en los policiales *Quinteto de Buenos Aires* de Vázquez Montalbán y *Una mancha más* de Alicia Plante.

Si bien Kohan nos presenta subalternos del bando vencedor, la vida privada de éstos distan mucho de lo que se supone que sucede con los que ganan una guerra, conceptualmente están lejos de la gloria de una victoria o del reconocimiento heroico, yerran en el único momento en que no deberían hacerlo, no se arriesgan para salvar la vida del otro, no se dejan matar y para eso, si es necesario, estarían dispuestos a asesinar aunque el resto de sus vidas sea una incesante vuelta al momento del error.

Amar Sánchez en su análisis de los perdedores reserva un apartado para “los vencedores repugnantes”, aquellos personajes que, como los de Kohan, ilustran el punto de vista y la vida diaria de quienes ganaron, muchos de los cuales siguen manteniendo la misma impunidad y actuando en democracia con los mismos mecanismos de la dictaduras, como se presupone que sucede en CP; no obstante, ellos también son percibidos como fracasados, la ambigüedad ética en la que se han sumido, las traiciones y la deshonor, se han traducido en vidas oscuras y pensamientos abyectos.

La distinción entre derrota y deshonor, entre resistir y transigir —este conflicto ético que puede encontrarse en las figuras antiheroicas— adquiere un especial matiz en el caso de los vencedores, en tanto ellos también mantienen la “fidelidad a una verdad”, a su particular clase de verdad en la que se reconocen como traidores, asesinos y torturadores. (Amar Sánchez, 2010: 167)

En este aspecto los personajes de Kohan recuerdan al Herbal de *El lápiz del carpintero* (Rivas, 1998), atormentado por un asesinato innecesario, que recordará el resto de su vida y que contará a una prostituta ya en el lecho de muerte. No pueden salir del momento de su falta porque la creencia de que estaban destinados a eso, de igual manera que los otros a morir, les impide rebelarse o emerger de la pesadilla. El ejemplo de Otto Dietrich en el cuento “Deutsches Requiem” (Borges, 1943) es ejemplar en la descripción de esa condena que el torturador llevará consigo para siempre. Cuando Otto recuerda al poeta David Jerusalem que murió en su campo, escribe:

Ignoro si Jerusalem comprendió que si yo lo destruí, fue para destruir mi piedad. Ante mis ojos, no era un hombre, ni siquiera un judío; se había transformado en el símbolo de una detestada zona de mi alma. Yo agonice con él, yo morí con él, yo de algún modo me he perdido con él; por eso, fui implacable. (Borges, 1997: 100)

Dietrich, frente al espejo, desvela que a pesar de los asesinatos sigue siendo humano, lo implacable se construye a partir de la muerte del otro, ese acto de transgresión que termina por llevarlo a la muerte sigue siendo necesario. Sin embargo, y en esto se diferencian los personajes de Kohan, Otto no doblega sus convicciones, acepta morir sin decir palabras en su defensa y sigue fiel a sus ideales hasta el final. Las motivaciones del colimba y de Giménez se adhieren a las del resto por azar, no hay certeza en eso, solamente coincidencia, concatenación.

La pregunta imposible

El primer objeto que se nombra en la primera frase de *Dos veces Junio* es un cuaderno de notas. Un objeto que si pensamos en otros cuadernos descritos por Kohan, han sido los receptáculos del legado de la revolución (*Museo de la revolución*, 2006) o el lugar donde Echeverría redactó *El matadero* y enseñó a escribir a Luciana en *Los cautivos* (2000)⁴; sin

⁴ Para un análisis sobre el texto ver Souto, Luz (2012), “La transgresión del género gauchesco y su importancia en el imaginario nacional argentino: *Los Cautivos* de Martín

embargo en *DVJ* han cambiado su función memorística y/o didáctica para convertirse en el instrumento comunicativo de los torturadores.

Cuando el narrador lee la pregunta que encabeza la página del cuaderno abierto, con este acto de habla, el relato inaugura un descabellado y cruel interrogante, un abismo que articulará el resto de la narración, aquí el soldado nos cuenta; “El cuaderno de notas estaba abierto, en medio de la mesa. Había una sola frase escrita en esas dos páginas que quedaban a la vista. Decía: ‘¿A partir de qué edad se puede empear a torturar a un niño?’” (*DVJ*: 11).

En este instante fundacional del conflicto donde, como lectores, nos vemos obligados a repasar más lentamente la frase, a volver al comienzo y sopesar el interrogante; el protagonista no se cuestiona lo irracional de la pregunta ni la imposibilidad de torturar a un bebé para lograr su confesión, sino que se obsesiona con cambiar o no la “ese” de *empesar* por el uso correcto de la “zeta”.

Impulsivamente modifica la equivocación porque, deja claro, le molestan muchos los errores de ortografía, en realidad no hay nada que le moleste más. Entonces sigue la disertación ortográfica y es desplazado el contenido de la pregunta, con esta traslación naturaliza el hecho de que aparezca en la misma frase el verbo “torturar” y el sustantivo “niño”. A partir de esto, se disipa la confianza y la empatía que, como lectores, podríamos llegar a profesarle al personaje. El narrador, como bien diría Amar Sánchez, socava su confianza:

la autoridad que solemos darle a la voz narrativa, la confianza que depositamos en ella se encuentra aquí socavada por la naturaleza misma de los narradores. Esta estrategia contribuye a la fascinación que produce seguir el pensamiento del enemigo, un tipo de vencedor siempre vigente y completamente “repugnante”. (2010: 160)

Con esta pregunta también se introduce una doble violencia en el relato; la física y la que se ejerce sobre la identidad. El maltrato físico infringido contra las madres también se trasladó a muchos menores. Los testimonios lo corroboran y el mundo ficcional lo ejemplifica. Vale recordar para esto *Conversaciones al Sur* de Marta Traba, donde Dolores pierde a su hijo porque le saltan en la panza.

Estipular lo que los niños serán en las próximas generaciones también es parte de un adoctrinamiento, uno más real y por eso más cruel que el que la ficción puede plantear. Pero acaso, sea más fácil para la

Kohan” en Boadas, Sonia, et al. (ed.), *La tinta en la Clepsidra. Fuentes, historia y tradición en la literatura hispánica*. Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias S.A, pp. 619-627.

ficción trasgredir el límite de lo real y hacer de sus historias un instrumento más preciso que el de los propios testimonios, Beatriz Sarlo nos dice, refiriéndose a la pregunta de DVJ, que

Sin el control artístico, esa pregunta inicial impediría construir cualquier historia, porque la escala del horror la volvería intransitable, obscena. Congelada y al mismo tiempo conservada por la narración “artísticamente controlada”, la ficción puede representar aquello sobre lo que no existe ningún testimonio en primera persona: el militar apropiador de chicos, hundido en lo que Arendt llamó la banalidad del mal; y el soldado que lo asiste con disciplina inmovible, ese sujeto del que tampoco hay rastro testimonial. [...] Lo que no ha sido dicho. (2005: 164)

Lo que se escapa quizás en el análisis de Sarlo es que mucho de lo que se cuenta en la narración de Kohan ya ha sido confrontado desde diferentes testimonios, desde los subalternos, desde los apropiadores, desde los testigos. Quizás no habría que preguntarse si la literatura es el medio idóneo para explicar “lo que no ha sido dicho”, porque ya entrados en la segunda década del siglo XXI hemos recuperado una inabarcable cantidad de voces (especialmente en el caso argentino)⁵, quizás la pregunta sería si la literatura puede otorgarle el control artístico del que habla Miguel Dalmaroni, distanciarse de los testimonios, vigilarlos en una trama narrativa sin que pierdan el valor de *realidad* que les otorga la primera persona.

⁵ Los Juicios a los militares en los últimos años han producido una plétora de testimonios tanto de los acusados como de los sobrevivientes. El esperado amparo legal y la exposición pública de los procesos, han llevado a que aquellos que no habían prestado testimonio se atrevan a hacerlo. Solamente en el 2012 se realizaron 134 condenas por delitos de lesa humanidad, lo que sumó un total de 378 represores condenados. A finales de 2012 había 232 acusados con juicios orales en trámite y 1013 procesados, en 2012 también se produjo un cambio en los juicios, comenzaron a realizarse los llamados “megajuicios”, procesos que involucran grandes cantidades de acusados y de casos analizados. Asimismo, alentados por el marco público también ha resurgido la publicación de libros que se presentan como no-ficción. A finales de 2012 la editorial Aguilar anuncia *La Perla. Historias y testimonios de un campo de concentración*, donde se reúnen las declaraciones orales y escritas de los sobrevivientes del centro clandestino La Perla. El copete de la noticia apela a un compromiso testimonial, uno que ha esperado 35 años y que finalmente puede salir a la luz, “La Perla fue el centro clandestino más grande del interior del país durante la última dictadura y, entre sus paredes, los secuestrados establecieron un pacto: ‘El que sale con vida tiene la obligación de contarlo’.” (Página/12, 16 de diciembre de 2012).

Dejarse hacer, dejarse ser

La trama de *DVJ* es anunciada por una cita de Luis Guzmán sobre el mes de junio. Un epígrafe que, implícitamente, remitirá, a medida que avanzamos, a *Villa* (Guzmán, 1995). Ambos autores eligen personajes que tienen que ver con el mundo de la medicina, subalternos que automatizados por el lugar en el cual se encuentran, son impulsados hasta las acciones más crueles que se pueden esperar de los hombres.

Villa se encarga de dar alternativas (médicas) para que los testigos puedan responder a los exhaustivos interrogatorios luego de varios días de tortura. El fin será conseguir nombres de nuevas víctimas, un voraz enlace de nominativos destinado a perpetuar el suplicio. Lejos de presentar problemas morales el médico asiste cada vez que lo convocan, como parte de su deber profesional, como funcionario y como un ciudadano ideal que colabora con el poder. De igual manera lo hacen el doctor Padilla y el doctor Mesiano en *DVJ*, afirmaciones del colimba como “a los muertos no hay manera de hacerlos hablar” (*DVJ*: 52), o “casi no le quedaba cuerpo donde pudiesen matarla” (*DVJ*: 53), corroboran la asistencia médica con fines de tortura.

Villa, como el colimba de *DVJ*, tiene una prodigiosa memoria que utilizará sólo para la memorización de datos inútiles, tras ellos esconderá sus acciones y asentirá los envíos del régimen. El perfil de estos personajes nos conduce a la noción de banalidad del mal esbozada por Arendt. En las sociedades se ha despertado un nuevo tipo de criminal que actúa bajo circunstancias que le hacen imposible saber que está obrando mal.

Una de las primeras ficciones que tratan este tema es la ya mencionada “*Deutsches Requiem*”. El narrador de este relato describe su vida y sus gustos que poco tienen de diferente con el resto de la gente. Otto es consciente de sus acciones y no se arrepiente de ellas.

No pretendo ser perdonado, porque no hay culpa en mí pero quiero ser comprendido. Quienes sepan oírme, comprenderán la historia de Alemania y la futura historia del mundo. Yo sé que casos como el mío, excepcionales y asombrosos ahora, serán muy en breve triviales. Mañana moriré, pero soy un símbolo de las generaciones del porvenir. (Borges, 1997: 94)

Sus palabras se asemejan, predicen, por no decir inspiran, a las últimas de Eichmann: “Dentro de muy poco, caballeros, volveremos a encontrarnos. Tal es el destino de todos los hombres. ¡Viva Alemania! ¡Viva la Argentina! ¡Viva Austria!”, Arendt nos dice: “Fue como si en aquellos últimos minutos resumiera la lección que su larga carrera de maldad nos ha enseñado, la lección de la terrible banalidad del mal, ante la que las palabras y el pensamiento se sienten impotentes” (2001: 382).

La idea de continuidad de esta clase de criminales, el “símbolo de las generaciones del porvenir” que adelantaba Borges es nefastamente corroborado en las Dictaduras Latinoamericanas. Esa burocracia del mal que se inauguraba con el nazismo es retomada en 1973 por Pavlovsky en la arriesgada obra *El Señor Galíndez*. En la misma representa a tres subalternos (Beto, Pepe y Eduardo) que esperan la llamada de Galíndez, una autoridad a la que nunca han visto. Lo que en el principio de la obra es una interminable espera al lado del teléfono se transforma muy pronto en la antesala de la tortura. Beto y Pepe reciben a los secuestrados para interrogarlos, a la vez, aleccionan a Eduardo, el nuevo, sobre cómo comportarse, o sobre cuáles son las reglas a seguir según el manual del Sr. Galíndez, lo que hace suponer, hay instrucciones sobre las refinadas formas de tratar a los cuerpos para sacar información.

Lo que más sobresale de esta obra es la normalidad que subyace a los personajes, pensemos en una puesta en escena que se realiza en un agitado 1973, un año después de la Masacre de Trelew.⁶ La vida cotidiana de los torturadores los convierte en personajes homologables al espectador, con sus mismas inquietudes y expectativas: uno estudia contabilidad, el otro, anatomía; hablan de su vida sexual, llaman por teléfono a sus casas y leen las historietas del Pato Donald.

El nuevo tipo de criminal que actúa bajo órdenes de sus superiores no se cuestiona torturar o no a un niño (el colimba), colaborar en la apropiación de los hijos de los que perdieron la guerra y quedarse, si se puede, con alguno de ellos (Giménez), reanimar a los moribundos para que sigan siendo torturados (Villa) o disparar en la cabeza a un pintor (Herbal).

El conscripto, Giménez o Villa se distancian de los personajes heroicos que han sido derrotados pero que mantienen la necesidad explícita de escapar, ellos nunca se plantean salir del sistema. El discurso del colimba está construido en la repetición del discurso de los otros (especialmente de su padre y de Mesiano); Giménez, por su parte, también construye su pensamiento con las palabras de Vilanova y Elvira, su mujer. Ambos personajes asienten y se construyen por dos núcleos, el familiar y el militar, se inscriben con resignación en un vínculo que trasciende la duración del gobierno dictatorial y la convivencia con la familia. De este modo se anula cualquier posibilidad para escapar del engranaje, no hay punto de fuga, los personajes vuelven una y otra vez a las instituciones y al discurso que los mantiene ensimismados en una falsa creencia de tranquilidad y equilibrio. Pero permanecer dentro, para ellos, tiene un coste, el de la inmovilidad, el de una parálisis ideológica que se reflejará en

⁶ Asesinato de 16 miembros de distintas organizaciones armadas peronistas y de izquierda que estaban presos en el penal de Rawson, fue la noche del 22 de agosto de 1972. El 15 de octubre de 2012 el Tribunal Federal de Comodoro Rivadavia condenó a prisión perpetua a Emilio Del Real, Luis Sosa y Carlos Marandino como autores de los homicidios y lo declaró como crímenes de lesa humanidad.

todos los aspectos de la vida. Cuando el colimba queda afuera de una reunión entre el Dr. Mesiano y el Dr. Padilla, quienes están discutiendo sobre las posibilidades de torturar o no a los niños según su peso corporal, decide sentarse en el suelo, esperar durante horas, cual campesino ante las puertas de la Ley. En ese momento la prisionera pide ayuda y él sólo atina a responder “cállate puta”. En el no hacer rectifica la condena a muerte de la madre y la apropiación del niño disputado, pero también modifica su propia existencia, que sigue pegada al momento de los hechos; la repetición del segundo junio con el que acaba la novela es también la evidencia de que la oportunidad de salvación fue perdida. La mujer que clamaba por su vida lo sigue haciendo cuatro años después pero ahora en su cabeza, retornando cada noche, como una aparecida que viene a consolar la soledad en la que se ha sumido el soldado, y se confunde con Sheila, la prostituta que fingía ser violada para darle placer:

No es cierto que tenga una cita con un amigo en un bar del centro. Vuelvo a mi casa y me quedo solo, sin salir. Me quedo pensando y recordando: ni siquiera siento ganas de prender la televisión. [...] Cuando por fin me duermo, sueño con aquella puta del tic nervioso en la boca. Por su puesto que ya no me acuerdo de cómo era su cara: sueño con una mujer de rostro difuso, una mujer indefinida; pero en el sueño yo sé que se trata de ella, y en ese rostro difuso existe el tic. Pasaron cuatro años en el sueño, igual que en la realidad. A pesar de eso, ella se acuerda de mí. Se acuerda bien y me lo dice. Se echa desnuda en una cama ilimitada, y sin esperar a que yo esté encima de ella, jadea y exclama: “Matame, soldadito, matame”. (DVJ: 188)

Para infringir la muerte del otro es necesario despojar a los cuerpos de la identidad civil, excluirlos y convertirlos desde el acto mismo del nacimiento, en lo que Agamben describe como *banido*, *bando* (y todos los sentidos semánticos vinculados al término).⁷

La *nuda vida* y el poder soberano se mantienen unidos por el bando, por el poder de mantener una relación con una premisa que está fuera de toda relación, “lo que ha sido puesto en bando es entregado a la propia separación y, al mismo tiempo consignado a la merced de quien lo abandona, excluido e incluido, apartado y apresado a la vez” (1998: 142).

⁷ El término, germánico en sus albores, remite a un complejo de categorías jurídico-institucionales que, desde la Edad Media estuvieron presentes en la vida política y social europea, como consecuencia del proceso de germanización. *Bannan*, *bannen*: “ordenar, mandar”; “Prohibir bajo amenaza de sanción”. *Bandwjan*: “dar una señal”, del que procede *bando* o *banda* como fracción o *bandería*, y *bandera* como estandarte. Pero los significados de los grupos *bannjan* y *bandwjan* han producido paralelamente el significado de “prohibir, alejar, expulsar”. Para más acepciones ver Agamben, 2008, pp. 245-251.

En esta zona de indiferencia se sitúan los apropiados, expropiados de su estado, incluidos momentáneamente en otro, separados, abandonados, expulsados de la comunidad y vueltos a ella (o mejor, a *otra*) por el poder soberano. Los cuerpos de los niños en el momento del secuestro o del nacimiento, para aquellos que lo hacían en CCD, corresponden a ese umbral de indiferencia, al paso entre el animal y el hombre, a la exclusión y la inclusión. Sus existencias dependerán de la norma del campo, de la decisión soberana de ser asesinados, morir junto a sus madres o ser reubicados (resignificados) en centros u hogares, para esta última opción, previamente pasarían a formar parte de una lista, serían enumerados, caracterizados, inventariados como la serie de los jugadores de fútbol que obsesiona al colimba, como las interminables listas negras de los que acabaron por desaparecer, porque ser catalogado, ordenado o relacionado a una lista, ya sea para vivir o para morir, era también sustraerles la individualidad a los cuerpos, hacer de ellos *nuda vida*, responder al *bando*.

En la reunión que protagonizan los dos médicos, éstos se disputan el botín de la prisionera —entiéndase el niño—. El joven cadete escucha de a trozos la discusión: “Se entrecruzaban las últimas frases, frases sueltas. Escuché que el doctor Padilla decía: Primero está la lista, y escuché que el doctor Mesiano decía: Primero está mi hermana” (DVJ: 142). Mesiano, al tener mayor cargo, se impone a Padilla y se apropia del niño que *regalará* a su hermana. Convencido de que con eso hace una buena obra para su familia y para el bebé. La persuasión de Mesiano se traslada con insistencia al colimba, la justificación es la misma que suele escucharse en los testimonios reales:

Mi pobre hermana buscó y buscó, tenés que ver cómo buscó, y no hubo caso. No le quedó especialista por consultar, ni método por probar, y no hubo caso [...] Y esas conchudas hijas de puta, en cambio, que ni casadas están, tienen cría como conejas. (DVJ: 111-112)

Pocas páginas después y luego de salir de un encuentro sexual, Mesiano continúa su discurso sobre las madres “guerrilleras” que “se hacen preñar a propósito” “porque piensan que si están preñadas no las vamos a tocar”, “se hacen preñar por pura cobardía, y nos obligan a nosotros a combatir en condiciones tremendas”; “preñadas o madres, se creen el soldado perfecto, pretenden que nadie las puede tocar” (DVJ: 116-117, 119). El discurso con el que caracteriza Kohan en estas páginas a su personaje, justificatorio de las apropiaciones y coincidente con el imaginario que las fuerzas armadas tenían del lugar de la mujer en la lucha política, se anticipa al que diez años después de la publicación del libro dirá Jorge Rafael Videla

en su alegato en el juicio por los robos de bebés, acusando a las madres asesinadas de terroristas: “Lo que sí es cierto es que todas las parturientas aludidas por la querella, así como por la fiscalía eran militantes activas de la maquinaria del terror. Y muchas de ellas usaron a sus hijos embrionarios como escudos humanos al momento de operar como combatientes.”⁸

Al acabar la misión de apropiación *DVJ* hace un salto temporal de cuatro años y nos presenta el “epílogo”, allí, otra vez durante el mes de junio el joven subalterno nos cuenta que ha terminado el período obligado como colimba y ahora estudia medicina, siguiendo los pasos del Dr. Mesiano. En este apartado ha terminado ya la guerra de Malvinas y la dictadura militar también está a punto de llegar a su fin. Cuando el joven se entera de la muerte de Sergio Mesiano en combate, decide darle el pésame al doctor por la pérdida de su hijo.

La escena está desbordada de banalidad y materialismo, allí aparece el niño apropiado, que ahora se llama Antonio, pero que el exsolado recuerda que antes era Guillermo.

¡Antonio! Un chico de pelo castaño, que se llama Guillermo, se asoma y pregunta que pasa [...] El doctor Mesiano comenta que, según algunas estadísticas, el promedio de horas que un niño pasa por día frente al televisor ha subido de cuatro horas diarias a seis horas diarias. (*DVJ*: 178)

El problema de la falsa identidad en ambos textos se borra por una conversación que tiene que ver con la televisión, en el caso de *DVJ* es el promedio de horas de los niños frente a la pantalla, en el caso de *CP*, se cambia de capítulo inmediatamente y Giménez al comienzo del próximo le dice al dueño de la casa: “Te vi en la tele la otra noche” (*CP*: 139), entonces comienza una extensa discusión sobre el maquillaje de quienes aparecen ante las cámaras. El artificio textual se mezcla con el fingimiento que anticipan las prostitutas (en los dos textos hay relaciones con prostitutas) pero luego se desplaza rápidamente hacia las cámaras de televisión, hacia ese maquillaje hipnótico tantas veces emulado en el tango, por el cual el pueblo desvió la mirada durante la transición, como pocos años antes lo hacía hacia el fútbol, embelesados, irremediablemente, por un circo mediático en color que tanto caracterizó los primeros años de democracia.

En la comida a la que asiste el colimba no se habla del gobierno, ya no hace falta, sólo hay una breve mención al final cuando Mesiano sostiene

⁸ En este alegato, del día 26 de junio de 2012, Videla niega la existencia de un plan sistemático de apropiación por parte del Estado y habla de su sentencia como una “revancha política” de quienes después de haber sido “militarmente derrotados” se encuentran hoy en “los más altos cargos del Estado”. Consulado en http://internacional.elpais.com/internacional/2012/06/27/actualidad/1340790218_576884.html

que no hay nada que hacer, que ya “todo está perdido”. Lo importante de sus historias, lo trascendente de sus vidas, las hazañas nacionales, quedaron en el junio anterior. A partir de allí será el turno de la nueva generación, que ya está siendo educada para el relevo; los hijos de los vencidos continuarán, sin saberlo, purgando la derrota de sus padres, serán convertidos en dóciles representante de la ideología vencedora, devendrán también ellos subalternos al servicio de los amaneados intereses patrios.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio (1998), *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-Textos.
- AMAR SÁNCHEZ, Ana María (2010), *Instrucciones para la derrota. Narrativas éticas y políticas de perdedores*. Barcelona, Anthropos.
- ARENDT, Hannah (2001), *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona, Lumen.
- BENJAMIN, WALTER (2001), *Iluminaciones IV. Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid, Taurus.
- BORGES, Jorge Luis (1997), “Deutsches Requiem”, en *El Aleph*. Buenos Aires, Alianza Editorial, pp. 93-103.
- CERCAS, Javier (2007), *Soldados de Salamina*. Barcelona, Tusquets.
- DELRIO, Walter Mario (2005), *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena a la Patagonia. 1872-1943*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- ____ (2009), “Entrevista al historiador y antropólogo Walter Delrio. El régimen detrás de la “Campaña del Desierto” nunca cayó”. Consultado en febrero de 2013 en <http://laflecharadio.wordpress.com/2009/06/10/entrevista-al-historiador-y-antropologo-walter-delrio/>
- FOUCAULT, Michel (1996), *Genealogía del racismo*. La Plata, Editorial Altamira.
- GAMERRO, Carlos (2011), *El secreto y las voces*. Buenos Aires, Edhasa.
- KOHAN, Martín (2012), *Museo de la revolución*. Buenos Aires, Debolsillo.
- ____ (2010), *Cuentas Pendientes*. Barcelona, Anagrama.
- ____ (2008), *Dos veces junio*. Buenos Aires, Sudamericana.
- ____ (2000), *Los cautivos. El exilio de Echeverría*. Buenos Aires, Sudamericana.

- PAVLOVSKY, Eduardo (1980), *El Señor Galíndez*. Madrid, Espiral/Fundamentos.
- PERI ROSSI, Cristina (1992), *La rebelión de los niños*. Barcelona, Seix Barral.
- RIVAS, Manuel (2000), *El lápiz del carpintero*. Madrid, Alfaguara.
- SARLO, Beatriz (2005), *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- TRABA, Marta (1990), *Conversación al Sur*. México, Siglo Veintiuno.
- VERBITSKY, Horacio (1995), *El Vuelo*. Buenos Aires, Planeta.